

Maestro ¡Ayúdame!

Pensamientos para Profesores

Mateo 14:28-31

Godwin Nwadibia Aja

*Ante la invitación de Jesús,
Pedro saltó del bote lleno de fe.*

El número de escuelas adventistas está creciendo de manera notable. Los gobiernos y las naciones aprecian la rica filosofía moral que ofrece la educación adventista, especialmente en este tiempo de grandes desafíos.

En el nivel terciario muchos de los estudiantes que se matriculan saben exactamente lo que quieren. Saben que promovemos una dieta vegetariana en nuestras instituciones, que tenemos un código de vestimenta, que aborrecemos la deshonestidad académica y que procuramos integrar la fe y el aprendizaje en todo lo que hacemos. Sin embargo, muchos de ellos encuentran dificultad en liberarse de las muletas de la cultura popular y de las ideas preconcebidas sobre la vida y la salvación.

Al igual que estos estudiantes, Pedro sabía lo que quería (Mat. 14:28). Cuando vio a Jesús caminando sobre el Mar de Galilea quiso ir hacia Él. Por supuesto Pedro vio cuál era la gran barrera – las aguas profundas en movimiento. Pero, ir a Jesús era más importante para él que el riesgo de hundimiento.

Ante la invitación de Jesús, Pedro saltó del bote lleno de fe. Pero luego desvió sus ojos de Jesús para mirar hacia atrás a los discípulos en el bote. Luego, aterrizado por el fuerte viento y las grandes olas, Pedro comenzó a hundirse. Sabía que no podía salvarse a sí mismo – pero conocía a Uno que podía hacerlo. No es entonces una sorpresa que gritara, “¡Señor, sálvame! El texto bíblico nos dice, “Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él.”

Muchos de los estudiantes en nuestras instituciones son como Pedro. Con ansias de encontrar a Jesús, ellos obtienen los formularios de admisión, pasan las prue-

bas requeridas, asisten a nuestras entrevistas rigurosas y a los programas de orientación y además pagan sus cuotas escolares. Algunos son capaces de adaptarse con éxito a nuestro programa, mientras que otros sufren los rigores académicos y las reglas sobre estilo de vida contra ellos, tal como lo hacía el viento contra Pedro. Para ellos, es difícil adecuarse a los frecuentes cultos (mañana, tarde, noche, en clases, etc.), estilo de enseñanza (integración de fe y aprendizaje), dieta (comidas vegetarianas), reglamentos (no fumar, no beber, asistencia obligatoria a cultos, etc.), además de nuestros pagos y gastos. A pesar de que no parecen estar gritando, “¡Señor, sálvame!” como lo hizo Pedro, sin dudas necesitan apoyo del personal docente, de los empleados y administradores y de todos los supervisores existentes en la institución.

Jesús no permitió que Pedro se ahogase, aunque lo podría haber merecido. Fue él quien pidió andar sobre las aguas y llegó a sentirse orgulloso de lo bien que lo estaba haciendo. A pesar de eso, nos dice la Escritura, Jesús “inmediatamente” rescató a Pedro. ¡Qué bueno es saber que Jesús nos salva aún cuando no lo merecemos!

¿Cuán bien estamos haciendo para ayudar a nuestros estudiantes a desarrollar una relación amante con Jesús? Jesús conoció las dificultades por las cuales Pedro estaba pasando. Debido a que estaba consciente de lo terrible que era el viento, estuvo listo a ayudar a Pedro y salvarlo. De la misma manera, nosotros debemos hacer una preparación apropiada para ayudar a nuestros alumnos en lo físico, lo social, lo mental y lo espiritual.

Como profesores adventistas del séptimo día necesitamos el poder del Espíritu Santo en nuestras vidas para llevar con éxito la responsabilidad que el Señor nos ha dado, especialmente en este tiempo del fin de la historia del mundo. Este es un desafío extraordinario, ¿quién puede ser capaz de enfrentarlo? La respuesta está en Salmos 24:4, “El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño.” Cada uno de nosotros debe examinarse a sí mismo para ver si nuestras vidas cumplen con este requisito. Necesitamos orar para que Dios nos dé un espíritu humilde y consagrado y nos ayude a testificar de la obra de la gracia en nuestros propios corazones (2Crónicas 7:14; Isaías 57:15; Santiago 4:6).

Como Pedro, nuestros alumnos quieren encontrarse con Jesús. Dando un paso de fe, se han matriculado en nuestras instituciones, buscando un mayor conocimiento

del Maestro, junto con una educación de calidad. Para ayudarlos a conseguir estos objetivos se requiere mucho de nosotros.

Cada uno de nosotros, como profesores y administradores adventistas, debemos aprender del Maestro lecciones de amor, humildad, fidelidad, confianza, obediencia y tolerancia. No podemos lograr nada por nuestro propio poder o inteligencia. Confiar en el poder de Aquel que nos ha llamado es la única manera de alcanzar los resultados deseados.

Somos responsables por cada estudiante que viene a nuestras escuelas. Debemos buscar diariamente, en todo lo que hacemos, ayudarlos a apreciar el amor de Jesucristo hacia ellos. Ya es tiempo de que lleguemos a conocer nuestros estudiantes suficientemente para saber cuando están hundiéndose académica, social, física o espiritualmente. Una intervención suave, a tiempo, podrá permitirnos salvar un alma que de otra manera podría perderse para siempre.

El relato bíblico nos dice que Pedro gritó e inmediatamente Jesús lo rescató. Así como Jesús está alerta en todo tiempo para salvarnos, nosotros debemos estar listos para entender el tipo de ayuda que nuestros alumnos necesitan y la mejor manera de asistirlos. Hay ocasiones en que una medida “punitiva” puede ser la mejor manera de ayudar. En cualquier caso, “el propósito de la disciplina es enseñarle a los jóvenes el auto-control... el verdadero propósito del regaño se consigue solo cuando los de conducta equivocada son ayudados a ver su falta y quieren ser ayudados para su corrección. Cuando esto se consigue, mostradle la fuente del perdón y el poder. Procuren preservar el respeto de sí mismos e inspirarlos con ánimo y esperanza.” Recordemos la Regla de Oro, “Haced a los demás como queréis que hagan con vosotros.”

“En este tiempo de peligros especiales para la juventud, las tentaciones los rodean de todos lados. Cada escuela debería ser una ‘ciudad de refugio,’ un lugar en donde se trate a la juventud tentada con paciencia y sabiduría. Los profesores que entienden sus responsabilidades, separarán de sus propios corazones y vidas cualquier cosa que les impida tratar con éxito a los voluntariosos y desobedientes. Amor y ternura, paciencia y auto-control, serán en todo tiempo lo que regirá sus palabras. La misericordia y la compasión estarán acompañando la justicia...”

“El divino Maestro lleva la carga del que yerra en toda su perversidad. Su amor no se enfría. Sus esfuerzos para ganarlo no cesan” (True Education, pp. 183-184). Siempre debemos buscar modelar el amor de Dios delante de nuestros estudiantes, mientras luchamos por ayudarlos a adquirir tanto el poder intelectual como espiritual.

Godwin Nwadibia Aja es profesor asociado en el Departamento de Ciencias de la Salud en la Universidad Babcock en Ikeja, Estado de Lagos, Nigeria.

Editorial

Continuación de la página 3.

estudiantes, otros profesores o padres.

- Tomar la iniciativa tanto para aclarar malos entendidos como para animar a colegas.
- Estar listo a compartir ideas, materiales y métodos, especialmente con los maestros nuevos.

Con nuestros supervisores

- Comprender la misión y los objetivos de la escuela donde laboramos y apoyarlos con entusiasmo.
- Cumplir con las responsabilidades que nos corresponden sin necesidad de supervisión.
- Pensar de manera independiente, comunicarse cortésmente y buscar solución a los problemas que se presenten.

Con los padres

- Cooperar inteligentemente con los padres y guardianes para beneficiar a los alumnos.
- Comunicarse regularmente con ellos para informarles tanto de los logros como de los problemas de los estudiantes.
- Participar en las reuniones con los padres y, en lo posible, visitarlos en sus hogares.

Con la iglesia

- Dar un ejemplo de apoyo y responsabilidad en nuestro trato con los líderes de la iglesia.
- Participar activamente en los programas de la congregación local.
- Observar el sábado de una manera que honre a Dios, contribuya a nuestro desarrollo espiritual y beneficie a otros.
- Expresar nuestra lealtad a Dios contribuyendo con un diezmo fiel y ofrendas voluntarias.

Con la comunidad

- Comportarse como ciudadano responsable y dispuesto a ayudar al vecindario.
- Expandir el círculo de amistades más allá de la comunidad adventista.
- Ser conocido como un profesional que cumple con sus promesas y satisface sus obligaciones financieras.
- Ejemplificar las cualidades de un embajador del Reino de Dios.

En su notable autobiografía, el historiador y filósofo Henry Adams (1838-1918) declaró: “La labor de un maestro afecta la eternidad; nadie puede medir el impacto duradero de su influencia” (*The Education of Henry Adams*, p. 20). Afortunadamente, no estamos solos en nuestra noble misión como educadores cristianos. Actuamos en la compañía de agentes divinos y humanos que pueden ayudarnos a alcanzar nuestros objetivos educativos y que sólo la eternidad revelará por completo.

Entre 1990 y 2002, Humberto M. Rasi se desempeñó como director mundial del Departamento de Educación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Aunque ya retirado, continúa apoyando el programa educativo adventista mediante artículos, conferencias y seminarios en diversos países.

